

Xosé Carlos Arias  
y Antón Costas

La nueva piel  
del capitalismo



---

Xosé Carlos Arias y Antón Costas

# La nueva piel del capitalismo

Prólogo de  
Josep Ramoneda

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2016

© Xosé Carlos Arias, 2016

© Antón Costas, 2016

© del prólogo: Josep Ramoneda, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Rodesa

Depósito legal: B. 18770-2016

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-25-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

## PRÓLOGO

### ¿Es posible moralizar el capitalismo?

1.- Dos economistas interpelan a la economía con preguntas que han sido sistemáticamente dejadas de lado por el *mains-tream* del pensamiento económico, convertido en fundamento de la hegemonía ideológica actual. Este ejercicio de tomar distancia de la propia disciplina para entender mejor las transformaciones del mundo, adoptando un punto de vista que los acerca a otras perspectivas, como la filosófica, es para mí el gran atractivo metodológico de este libro. Late en la actitud de Xosé Carlos Arias y de Antón Costas una disposición crítica con el positivismo dogmático (o si se prefiere la ideología cientista) que entiendo como lo pretensión de propiciar el retorno de la economía a su casa: el regreso al hogar de las humanidades del que nunca debería haber escapado. Sin duda corren el riesgo de ser descalificados como «negacionistas», según el criterio de Pierre Cahuc y André Zylberberg, que equiparan a los que ponen en cuestión los hallazgos de la ciencia económica a los negacionistas de Auschwitz o del cambio climático. Fascinados por el modelo de las ciencias naturales, atraídos por este imán irresistible que es el poder, algunos economistas buscaron en el modelo científico la garantía de legitimidad intelectual de su trabajo, intentando tomar un atajo que les diera una autoridad irrefutable para convertirse en garantes de las políticas en curso. Olvidaban así el sabio consejo metodológico de Keynes: «La economía es una ciencia moral y no una ciencia natural. Apela a juicios de valores». De modo que la pluralidad del discurso económico es esencial para el propio devenir de la democracia.

Siempre he pensado que la pretensión de las ciencias sociales de homologarse a las naturales es un desatino, un salto epistemológico en el vacío. Y la asunción del principio de elección racional como sustento de esta pretensión lo ratifica. No ha servido para conocer mejor la compleja economía del deseo y de las elecciones humanas, sino para legitimar el modelo ideológico que ha dominado los últimos treinta años: la reducción de la experiencia humana a la economía y del ciudadano a sujeto económico autosuficiente. Algún día se escribirá –de momento sólo hay algún testimonio más bien periodístico– la historia de la relación entre mundo universitario y dinero en el camino que condujo hasta la crisis de 2008, en que se ha confirmado que siempre que se pierde la noción de límites, siempre que se cree que todo es posible, se alcanzan resultados catastróficos. En este viaje el discurso económico dominante y algunas de las más loadas instituciones académicas han dejado varios girones de su prestigio. Y no abundan los indicios que permitan pensar que se ha aprendido la lección. Lo cual hace especialmente atractiva la apuesta de Arias y Costas.

Desde Nietzsche no hay coartada para confundir la verdad verdadera de la falsa verdad o, dicho de otra manera, la verdad que nace del conocimiento y la verdad epocal de cada momento (aquellas ficciones que operan como verdades incontestadas e incontestables de una época). Y una de las tareas de las ciencias sociales es precisamente señalar –y no cegar– esta diferencia. Para ello hay que tomar distancia, es decir, asumir la perspectiva de las humanidades que tanto estorban a algunos. Las ciencias sociales se mueven en un territorio proceloso: su vocación es el conocimiento y su participación en el debate público las sitúa en el terreno de las opciones y de la toma de decisiones. Pretender que la política sea cautiva de una presunta (e incontestable) verdad científica de la economía, en pleno desprecio de la complejidad cultural, institucional y de la economía del deseo, es una vía directa al autoritarismo al reducir al ciudadano a hombre unidimensional.

2.- Sabido es que la fuerza del capitalismo es su capacidad de mutar y adaptarse a los cambios. Hay muchas decantaciones del capitalismo según cada lugar y circunstancia, Arias y Costas centran su mirada en cómo ha ido mudando su piel, después de los excesos del cambio de siglo y en la travesía de la crisis. Y lo hacen a partir de tres niveles de interpelación. A la propia disciplina económica: ¿qué vínculos existen entre los argumentos y la realidad? A la relación entre economía capitalista y política: ¿cómo encontrar el justo equilibrio entre la lógica del mercado y la lógica política del interés general? Al propio destino del capitalismo, en un momento en que parece incontestado e incontestable: ¿adónde va, cuáles son sus próximas decantaciones? No es irrelevante que Arias y Costas hablen de argumentos y no de teorías, definen con ello la interrelación entre pensamiento y acción propios de una cultura política democrática.

¿Qué encuentran en este recorrido? ¿Cuáles son las manchas más evidentes en la nueva piel del capitalismo? Ciertamente, lo primero que deslumbra la mirada es el cambio de escala, que desequilibra la relación entre poder económico –global– y poder político –nacional y local– y crea poderes contramayoritarios de dudosa legitimidad; el desplazamiento hacia una hegemonía ultrafinanciera –que acelera la secesión del dinero respecto a la sociedad–, el poder económico ya no tiene patria; y la marcada tendencia a la desigualdad, que se ha convertido en problema capital de los países antes llamados del primer mundo, donde inmensas clases medias habían llegado a creer que jamás volverían a beber de este cáliz. Estas tres tendencias podría decirse que en el razonamiento de Arias y Costas concluyen en una: «El notable deterioro del contexto moral en el cual opera la dinámica de los mercados». No sería la primera vez en la historia que, en un proceso de cambio de escala de la economía, lo primero que se globaliza es el dinero y el crimen. Poder de los monopolios sobre el mercado, impotencia de la política, ruptura del equilibrio entre capitalismo y democracia, facturas sociales irreconducibles, un proceso especialmente sensible en

Europa, que ve cuestionado un modelo singular de bienestar y cohesión social que tenía ambición universal y que ahora es ridiculizado como melancolía del pasado.

3.- ¿Es posible la moralización del capitalismo? Arias y Costas buscan la salida a su reflexión crítica a partir de esta pregunta. Hablar de moral –que no es lo mismo que hablar de ética– nos sitúa en el terreno de los valores. Valores quiere decir prioridades, finalidades, marcos referenciales compartidos. ¿Conoce el capitalismo otra prioridad que los resultados? La desigualdad desvertebra la sociedad, excluye a amplios sectores de la ciudadanía del reconocimiento, alimenta las ideologías y creencias que desprecian a los perdedores, niega el derecho a las personas a una vida digna, y, sin embargo, el único argumento que adquiere carta de naturaleza es el de la eficiencia. Sólo si se prueba que la desigualdad es ineficiente para el sistema es susceptible de ser tomada en consideración en una cultura que sólo sabe de ganancias.

Cierto que los padres fundadores de la economía moderna y de la tradición liberal tenían la exigencia moral en sus oraciones. Decía Adam Smith que la admiración acrítica de la riqueza era «la causa más grande y más universal de corrupción de nuestros sentimientos morales». Y John Stuart Mill remachaba: «La idea de una sociedad en la que los únicos vínculos son las relaciones y los sentimientos que surgen del interés pecuniario es básicamente repulsiva». Pero, desde mi punto de vista, el problema es que capitalismo y moral son por definición incompatibles. La moral supone una idea de límites. Si tuviera que escribir una *minima moralia* la reduciría a dos principios: «No todo es posible». «Todo podría haber sido de otra manera.» El capitalismo busca la ruptura de los límites: siempre más. A la hora de decidir, el criterio es la cuenta de resultados. Gana el que crece. De modo que el capitalismo, que goza de una singular capacidad de adaptación y mutación que le permite sobrevivir de mil maneras, sólo es moralizable (susceptible de aceptar límites) bajo presión. Es decir, en una situación en que el rechazo a ceder amenace el cálculo de riesgos y beneficios.

Podría pensarse que los Treinta gloriosos, la Europa de los años cincuenta y sesenta, tan mitificados hoy por la nostalgia de lo perdido, son un momento de moralización del capitalismo. Fue la capacidad de intimidación de la Unión Soviética (y del movimiento obrero), el miedo, lo que hizo posible que se aceptaran las concesiones necesarias para una sociedad más equitativa. Cuando se acabó la amenaza, rápidamente se olvidó de nuevo la noción de límites. Y se abrió la senda naturalista: la falsa creencia de que la economía de mercado –un invento bien reciente– es el modo de hacer de la especie. Y que, por tanto, es una verdad irrefutable que está por encima de las personas y de las instituciones. Des- crédito de la política, apología de los expertos, cuestionamiento de la soberanía, democracias descafeinadas en que se estrecha cada vez más el marco de lo posible, fractura social al alza.

La moral del capitalismo es nihilista, como se ha visto en los años noventa y en la primera década de este siglo: todo está permitido. Es la del beneficio y del crecimiento ilimitado. Si de lo que hablamos es de poner límites, el capitalismo, como tal, no es moralizable, su tendencia natural es al abuso de poder: quien gana arrasa, el perdedor no cuenta. Es la ciudadanía la que debe encontrar la respuesta moral (es decir, mover la hegemonía, cambiar los valores) y su traducción política. Lo que se puede y se debe hacer es ponerle los límites que la dinámica capitalista nunca se pondrá espontáneamente. Y esto sólo tiene un marco posible: la política democrática. El poder político en tanto que poder de los que no tienen poder. Y para eso hay que defender la autonomía de la política, hoy tan devaluada, y la fortaleza de las instituciones democráticas, hoy minadas por la corrupción y por un burocratismo estéril.

La relación entre capitalismo y democracia es un equilibrio muy precario, siempre con riesgo para la democracia. En realidad es una contradicción en los términos: el principio económico de desigualdad, frente al principio político de igualdad. No hay nada natural en la relación entre capi-



talismo y democracia. Y está probado que el capitalismo se mueve a su antojo en sistemas autoritarios, de la España de Franco al Chile de Pinochet, los ejemplos son legión. Si faltaba alguna prueba, se ha demostrado la fulgurante compatibilidad entre el despotismo asiático –aún disfrazado de comunismo chino– y el crecimiento y el desarrollo capitalista. Sólo una política democrática eficiente, asentada en la soberanía de los ciudadanos, puede poner coto a los excesos espontáneos del capitalismo. La democracia es un ingenio delicado para evitar el abuso de poder. Por eso son tan peligrosas las doctrinas en curso que pretenden trasladar su eje de la ciudadanía a los expertos (constructores de las falsas verdades del momento), de la participación a la indiferencia, de la confrontación ideológica al discurso del «No hay alternativa». Contra este estado de cosas reaccionan dos economistas humanistas, Xosé Carlos Arias y Antón Costas, que, en la vorágine, abogan por un capitalismo inclusivo «capaz de reconciliar la lógica económica con una idea de democracia y moral cívica», como base de construcción de un nuevo progresismo que nos salve «de la decadencia y la barbarie».

JOSEP RAMONEDA

---

## Introducción

### I

Más de ocho años han transcurrido desde que un abismo se abrió en la economía internacional con la caída del banco de inversión Lehman Brothers. En aquel momento, a lo largo de unas pocas horas o días, el mundo descubrió que las bases de la economía eran mucho más frágiles de lo que se creía, percibiendo de pronto que toda una era tocaba a su fin: aquel período de más de dos décadas que con buenas dosis de voluntarismo muchos habían comenzado a llamar la *Gran Moderación*. En el otoño de 2008 tanto en la academia como en los gobiernos o las agencias internacionales muchos observadores detectaron que el sistema financiero global se encontraba ante un riesgo muy real de colapso, advirtiendo del terrible impacto que ello tendría sobre la actividad productiva o el comercio mundial. Las comparaciones con la Gran Depresión de los años treinta no tardaron en aparecer.

Ciertamente, a lo largo de estos últimos años hemos visto fenómenos que creíamos habían quedado ya muy alejados en la historia: una persistente situación de trampa de liquidez; amenazas de deflación; la puesta en marcha de políticas monetarias completamente contrarias a lo que los manuales señalaron durante décadas como buenas prácticas; la posibilidad de una cadena de insolvencias de estados de países desarrollados... En relación con todo ello, lo que ahora cabe preguntarse es, después de tantos años, hasta qué grado los problemas que surgieron a lo largo de

aquel durísimo otoño del inicio de la crisis, y los que fueron apareciendo en los años siguientes, han sido ya corregidos.

¿Lo han sido? Sólo en cierta medida, lo cual, después de tanto desgaste y sufrimiento, representa un resultado altamente decepcionante. En este libro se pasa revista a esa evolución, examinando las razones de lo que no puede calificarse sino como fracaso colectivo. En el fondo de ese análisis irá apareciendo la idea de que, con la gran crisis financiera y sus consecuencias, algunos de los lazos principales que nos unían al pasado en el complejo tejido de nuestros problemas económicos ya se han roto. Y con ello, una diversidad de tendencias, amenazas, oportunidades y riesgos nuevos se van afirmando ante nuestros ojos de cara al futuro (al menos en la perspectiva de la próxima década).

Es obvio que el peso de las distintas regiones del globo está cambiando (probablemente en favor de lo que solíamos llamar países en desarrollo), pero para el mundo industrializado es difícil no atisbar un largo período de crecimiento mediocre y una crónica y recurrente inestabilidad macroeconómica, al menos en el caso de permanecer en la inercia de las actitudes y respuestas políticas de los últimos años. Algo que vale, sobre todo, para el caso de la vieja y querida Europa. ¿Qué habría que cambiar, dónde situar el énfasis para proceder a un verdadero viraje que permita dejar atrás las apagadas expectativas actuales? Aunque en ningún caso pretendemos recoger un inventario extenso de posibles alternativas y soluciones, en los capítulos que siguen se intenta detectar los principales errores del pasado reciente y los nudos que sería necesario aflojar para ver el tiempo que viene con mayor optimismo. Lo que en último término nos proponemos con este ensayo es introducir una reflexión general sobre el sentido histórico de esta crisis.

## II

Son características de las coyunturas históricas críticas la revisión de creencias, el surgimiento de argumentos nuevos y la apertura de debates generales sobre las *grandes cuestiones*, o sencillamente en torno a asuntos—algunos de los cuales afectan al núcleo de la vida económica o social— que en los tiempos de bonanza parecían zanjados. ¿Cabe observarlo en relación con esta crisis? Uno de los principales objetivos de este libro es estudiar precisamente esa cuestión, sobre todo en relación con tres puntos que nos parecen capitales: en primer lugar, ¿qué vínculo existe entre argumentos económicos y realidad? Es decir, las ideas económicas ¿verdaderamente importan, tienen consecuencias sobre la evolución de los hechos en la economía, la sociedad y la moral pública? En segundo lugar, en una economía capitalista avanzada, ¿cómo aproximarnos a lo que debe ser una posición equilibrada y fecunda en las relaciones entre el mecanismo de mercado y las soluciones de intervención pública? Y tercero, ¿cuál es la dinámica actual de transformación del capitalismo, hacia dónde se encamina en sus tendencias profundas?

No hará falta insistir en que las anteriores son cuestiones de gran calado. Si las abordamos aquí es porque pensamos que las respuestas a esos interrogantes se han ido enriqueciendo y llenando de contenidos o matices nuevos a la luz de lo acaecido en los últimos años. A lo largo de los capítulos que siguen se irán presentando múltiples reflexiones sobre esos tres ejes capitales, en torno a los cuales se está estableciendo, no solamente la forma de salida de la crisis, sino también el tablero de juego de la economía internacional —y de las relaciones económicas, políticas y sociales dentro de los diferentes países— probablemente para varias décadas.

En relación con la primera de esas grandes cuestiones —la trascendencia de los argumentos económicos—, no cabe duda de que el orden de ideas previo a la crisis estaba domi-

nado por una mentalidad próxima a la de aquel personaje de Voltaire, el doctor Pangloss, que siempre incluía en sus respuestas la convicción de estar «en el mejor de los mundos posibles». La ilusión de infalibilidad *cientifista* de la teoría económica, absolutamente predominante en las décadas de expansión, llevó a muchos de los más laureados economistas a pregonar que al fin habíamos alcanzado un estado de progreso indefinido y sin sobresaltos, en el cual la propia noción de ciclo, o la posibilidad de una desestabilización profunda, estaban fuera de lugar. Las consecuencias de ese sistema de ideas, que lejos de quedar restringido a las aulas universitarias o los seminarios de institutos sofisticados llegó a ser ampliamente compartido por empresarios, banqueros y responsables políticos, fueron muy graves: el exceso de confianza, la pérdida de la noción de los grandes riesgos contraídos, y la dilución progresiva de los elementos de control y regulación de unos comportamientos económicos en los que el sesgo especulativo era cada vez más visible. Las grandes y dramáticas sorpresas de 2008 tuvieron mucho que ver con todo eso.

La crisis supuso, por tanto, entre otras cosas, un gran golpe en el plano intelectual. A partir de ahí, las llamadas a un rápido e intenso viraje teórico se sucedieron con fuerza, pero más que dar lugar a un paradigma nuevo, lo que hemos ido viendo ha sido un importante grado de confusión, con muchos debates abiertos y la aparición brusca de múltiples heterodoxias, pero también fuertes (y en algunos aspectos muy exitosos) intentos de regreso al orden, con algunos de los supuestos y razonamientos que habían caído en el mayor de los descréditos durante las fases iniciales de la Gran Recesión ocupando de nuevo un amplio espacio en la generación de opinión económica. Y más aún, influyendo de un modo perceptible sobre la formación de políticas económicas.

La segunda gran cuestión en la que nos centraremos es la evolución contemporánea de la idea de mercado y la consiguiente alternativa entre soluciones de mercado e intervención pública. Ya se sabe que ésta es la cuestión sobre la que

más se ha discutido entre los economistas desde finales del siglo XVIII. Si hay algo que podemos concluir con toda firmeza de ese largo debate es que, cuando la alternativa se ha planteado en términos absolutos y exclusivos (léase libre mercado para todo o economía estatizada al modo de los sistemas de planificación central), no han tardado en sobrevenir grandes desastres. En el caso del argumento del libre mercado su punto de partida suele ser –más allá de señalar que es un mecanismo que permite por lo general obtener las mayores dosis de eficiencia en las relaciones económicas– que se trata de un fenómeno natural y espontáneo, de modo que lo artificioso es introducir maquinarias externas y por encima de él, como la del Estado.

Lo que podemos llamar fundamentalismo de mercado ha influido decisivamente en las actitudes de la mayoría de los actores económicos a lo largo de las últimas décadas. Hasta el punto de convertirse en elemento central de la famosa TINA (*There is no alternative*), lema que presidió la propuesta de política económica mínima, que ocupaba casi todo el espacio ideológico-doctrinal antes de 2008. A pesar de que en aquellos años también se fue extendiendo la literatura sobre los fallos de los mercados (por ejemplo, los de información), su proyección sobre la política y las mentalidades fue bastante escasa. Y todo ello se daba en unas condiciones en las que las finanzas ocupaban un espacio cada vez mayor de la actividad económica, con lo que en el centro del escenario de la economía globalizada se situaban comportamientos de naturaleza especulativa y, por tanto, de alto riesgo (cuando no de total incertidumbre).

La Gran Recesión mostró la condición quimérica de esta visión. Desde entonces se han generalizado las discusiones sobre el fallo de mercado, y también sobre los supuestos metodológicos de algunas de las teorías más frecuentadas por los partidarios radicales del libre mercado (nos referimos a las hipótesis de expectativas racionales y eficiencia de los mercados). Pero, más allá de eso, se hace necesario recuperar la simple pero fundamental idea de que los mercados

son simples creaciones humanas, no hechos espontáneos de la vida, y que es imprescindible edificar instituciones y estructuras organizativas muy complejas, y generalmente también muy caras, para que puedan funcionar con cierta normalidad.

### III

De la gran crisis financiera puede decirse, por tanto, que representa una línea divisoria en la historia del capitalismo contemporáneo: ésa es la tercera y fundamental cuestión que aquí exploraremos. Sin embargo, posiblemente es más acertado proclamar que, en realidad, en los últimos años se ha exacerbado y hecho al fin muy visible una deriva que el capitalismo fue adquiriendo a lo largo de los últimos treinta años. Básicamente, nos referimos a tres tendencias tan firmes como inquietantes que serán estudiadas en detalle en las páginas de este ensayo: la primera es la desmesurada escala y la importancia cualitativa adquirida por los mercados de capital, que permite hablar de *capitalismo ultrafinanciero*. La segunda es la desigualdad rampante como marca y seña, lo que hace que grupos sociales muy amplios queden excluidos de su dinámica básica y de los objetivos de progreso que supuestamente persigue (por tanto, un capitalismo no inclusivo). Y la tercera, el choque creciente con la democracia, que se concreta en la percepción generalizada de que son los mercados quienes mandan, y que a los gobernantes democráticos no les queda sino aceptar pasivamente sus *diktats*. En algunos aspectos, sobre todo el de la desigualdad, la situación actual de los países desarrollados recuerda a la de hace un siglo, cuando el capitalismo presentaba unas características que lo hacían odioso para amplias capas sociales, y que fueron quedando atrás gracias a las grandes reformas sociales que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

Desde ese punto de vista, y en una perspectiva de largo plazo, el capitalismo sin límites se muestra como el peor ene-

migo de sí mismo. ¿Puede el capitalismo salvarse de sí mismo? Un buen número de reflexiones contenidas en este ensayo se refieren en primera instancia a procesos y propuestas de índole más concreta, ya sea la necesidad de recuperar equilibrios en el sistema productivo, o la generación de políticas a favor de una mejor distribución de la renta. Pero, en última instancia, muchas de esas reflexiones remiten a la necesidad de ofrecer una respuesta en positivo a la pregunta que acabamos de formular.

Porque reconciliar capitalismo y democracia exige reformas profundas. Durante los últimos años, se ha repetido mucho la demanda de reformas estructurales, haciendo casi siempre referencia a la necesidad de mejorar el grado de eficiencia de determinada economía —y el caso de España sería aquí fácilmente reconocible—, para obtener ganancias de competitividad ante las posiciones cada vez más fuertes de algunos nuevos países (como los emergentes) en el comercio internacional. Algunas de esas reformas eran necesarias, otras acaso no tanto, pero en una visión de conjunto presentaron el problema de ser unilaterales, originando a veces más problemas de los que resolvieron. Por eso, las reformas de las que nosotros hablamos debieran ser equilibradas en el reparto de sus costes y beneficios, y llegarse a ellas a través de amplios acuerdos, pues sólo así será posible regresar al camino, hoy tan añorado, de un capitalismo inclusivo.

#### IV

Este libro se divide en tres partes. En la primera (capítulo 1), presentamos los principales problemas y tendencias que más adelante serán examinados con un mayor grado de detenimiento. Lo hacemos partiendo de su identificación en los años recientes, intentando detectar cómo ha sido su evolución desde el comienzo de la crisis. Lo hemos titulado «Algo habremos aprendido», partiendo de la idea de que todo período de dificultad lo es también de aprendizaje. En



este caso, el descubrimiento más notorio fue el asombroso olvido de algunos problemas económicos básicos en el que mayoritariamente cayeron las sociedades desarrolladas durante el período de expansión. A partir de 2008, sin embargo, conocimos –o, mejor, recordamos– el peligro que representan las deudas fuera de cualquier escala razonable. Comprendimos que muchos de los esquemas y argumentos teóricos que durante treinta años se usaron para interpretar la economía y sus avatares eran platónicos en alto grado. Y también comprobamos que la democracia no es una conquista definitiva, sometida como ha estado en los últimos años a notables presiones desintegradoras y a un aumento del malestar. Sólo entonces hemos reconocido lo frágil de nuestra prosperidad.

La segunda parte se adentra en un estudio más detallado de los hechos económicos que parecen ir confirmando el fenómeno que justifica el título de este ensayo. Comenzamos, en el capítulo 2, analizando la evolución de las principales variables económicas desde 2008. En particular, seguimos la pista al difícil proceso de desendeudamiento, en torno al cual aparecen numerosos contratiempos colaterales. El más importante, la tendencia al estancamiento que parece estar asomando con fuerza en economías muy variadas, particularmente las europeas. Se presenta también la evolución de las principales políticas que se han desarrollado en estos años para hacer frente al marasmo. Por último, se estudia la evolución de las reformas financieras en este período, en las que algunos avances se han alternado con profundas decepciones. En el capítulo 3 estudiamos lo que consideramos es la peor cara del capitalismo contemporáneo, la creciente e intolerable desigualdad, que en distintos aspectos ha empeorado con la crisis. Debatimos ahí sobre la naturaleza y el origen del problema y proponemos algunas vías para ponerle coto. Por su parte, en el capítulo 4 nos centramos en la muy azarosa evolución del proceso de integración europea en estos años en los que –aquí también con pasmo– hemos reconocido que el sistema de unificación en el euro está mal

resuelto, y que de no darse pasos hacia importantes cambios institucionales y, sobre todo, hacia un cambio en la mentalidad y la concepción del liderazgo, ese proyecto está seriamente amenazado por la ruina.

La tercera parte trata sobre la cultura económica del nuevo capitalismo. Es decir, nos acercaremos ahí a las ideas y controversias que más agitación han registrado en los últimos años, en algunos casos de un modo claro, en otros todavía incipiente y no del todo satisfactorio. En el capítulo 5, tomamos dos ideas, radicalmente equivocadas que fueron ampliamente usadas en momentos diferentes, no sólo por economistas académicos, sino también, y sobre todo, por parte de los gobernantes más decisivos. Una de ellas –la de la eficiencia del mercado– predominó antes de la crisis; la otra, la austeridad expansiva, a partir de 2010: lo que las une es que, hasta que se demostró su fondo equivocado, tuvieron grandes y muy negativas consecuencias. En el capítulo 6 trataremos sobre la idea de mercado, sin duda el mejor mecanismo conocido para la asignación eficiente de los recursos. Sin embargo, mostraremos que, en contra de una concepción muy extendida, los mercados no son un fenómeno natural, sino que en muchos casos han sido fruto de la acción de los estados. Abordaremos también la cuestión de los límites que los mercados tienen para resolver por sí solos los problemas, así como otra discusión largamente postergada: la de sus límites morales. Ya en el capítulo 7 examinaremos el modo en el que algunos conceptos económicos que fueron muy importantes en el pasado –como el de ciclo o el *trade-off* entre objetivos de política económica– resurgen ahora con fuerza, y se proyectan hacia el futuro como algo de uso imprescindible para comprender a qué tipo de dificultades nos enfrentaremos en los próximos años. Al final aparecerá un concepto de política económica en el que, lejos de la idea simplista que predominó en el último cuarto del siglo xx, la complejidad y la dificultad de elección son las notas dominantes.

Finalizamos con una conclusión general en la que quedará bien perfilada esa nueva piel del capitalismo de la que

hablamos. Una piel bajo la cual, la economía y la democracia se seguirán debatiendo en sus laberintos.

Este ensayo se ha beneficiado de los comentarios y el estímulo crítico de un buen número de colegas y amigos. Entre ellos debemos reconocer expresamente nuestro agradecimiento a Javier Bilbao, Gonzalo Caballero, Pablo Iglesias-Rodríguez, Santiago Lago, Ramón Máiz, Tomás Mancha, Albino Prada, Josep Ramoneda, José María Serrano Sanz, Felipe Serrano y Ramón Villares. Y también, desde luego, a María Cifuentes, por su atenta y muy cuidadosa labor de edición.